

CONCURS DE MICRORELATS “DIA DE LA BIBLIOTECA” 2023



MODALITAT: CASTELLÀ

1-La magia de las palabras. Katya Martinez

Bajo el manto de la luna, Leire, una niña de ojos curiosos, se adentraba en la biblioteca. Sus pasos susurraban secretos al suelo de madera antigua. Los libros, páginas, como el viento a las hojas, la llevaban a tierras lejanas y sueños jamás soñados. La biblioteca, un jardín de palabras florecientes, acunaba su alma. Leire encontró en las letras, un refugio, un rincón que la abrazaba en silencio, y en ese abrazo, descubrió el tesoro más preciado: la magia de las palabras.

2-Abuela, te espero en la biblioteca. Atanasio Samper

Sin darme cuenta, tu cabello pasó de oro a plata, desapareció tu fuerza y fuiste apagándote poco a poco.

Ahora, no sabes quién soy y duele.

Duele cuando me miras pues me siento transparente; no me ves. A veces tu mirada cambia y creo que me reconoces, sonrías y cuando espero con toda mi alma oírte decir mi nombre, dices el de otra persona y vuelvo a sentirme transparente. Y vuelve a doler.

Quiero que sepas que no estás sola y que sigo en la biblioteca, como cada viernes, en nuestro rincón, esperando a que me leas nuestro cuento favorito.

3-Letraherido. Ingmar Vergaman

Delgado y pálido como un libro, cada día recalaba en la biblioteca. No se dejaba ver en ningún otro sitio; tampoco le hacía falta: «Todo está en los libros», decía para sí. Como un asceta, desdeñaba los excesos, el jolgorio, todo lo que según él las entendederas embotase. Quería ser escritor y lo iba a conseguir.

—Relájate, chico —le decían.

—¡Silencio! —contestaba.

Un día, envalentonado tras leer a Fante, empuñó el bolígrafo, se dispuso a escribir: mas no supo de qué; le faltaba lo que a Fante le sobraba, le faltaba el vivir.

—Chico, relájate.

4-La Pañolitos. Maribel Rubio Porras

La “Pañolitos” era una mujer delgada, pobre y puta. No he conocido nunca a una prostituta rica. Vivía en un barrio pobre, y ella era la más pobre del barrio.

La “Pañolitos” no fue nunca a la biblioteca.

Su hermano vivía en el barrio, Salvador, tenía seis hijos , y cada mañana tomaba una “barrecha”. No hablada con nadie. Un día llovió mucho y el techo del tejado de su casa se cayó . Mi madre me contó que era tan pobre que tenía que vender su sangre en el ambulatorio.

Salvador no fue nunca a la Biblioteca.

5-La elegida. Isabel Serrano Hernández

Laura sintió un pinchazo en el pecho, creyó desmayarse. El fétido olor le provocaba arcadas.

La gran sala se desdibujaba ante sus ojos. Las columnas se retorcían adquiriendo vida mientras el suelo se abría a escasos metros de sus pies.

Lamentó hacer caso a Vanesa y visitar aquella biblioteca de decrepita fachada oculta tras los frondosos árboles del inmenso parque.

Un fuerte dolor en el vientre la obligó a agacharse. Al incorporarse, observó a su amiga vestida de rojo ordenando a sus seguidores que la apresaran para lanzarla a la grieta de la estancia principal.

Supo cual sería su destino.

6-La novia errante. Amalia Vicente Sánchez

Vagó durante años por la biblioteca buscando la luz. Error.

Era la oscuridad lo que anhelaba; cuando la acogió el señor del inframundo, dónde las cenizas abrazan los pecados, se convirtió en la novia del diablo.

La Noche de los Muertos, los fantasmas de la biblioteca fueron a buscarla; pero no sabían que, entre la gran farsa de aquella comparsa, Él se ocultaba tras su máscara.

Venía a buscarla. No pudo zafarse cuando aquellos ojos atravesaron su alma.

La atrapó de nuevo y bajaron a su Infierno privado.

¿Acaso creían que podrían esconderla del oscuro enamorado?

7-Vivere cogitare. Jesús del Olmo Barrés

Desde que tengo uso de memoria, siempre me he hecho la misma pregunta ¿De qué nos sirve el conocimiento?

El ser humano es una amalgama de conexiones incompletas que buscan encontrar la lógica a todo lo que le rodea, pero incluso obteniendo la completa sapiencia, estamos descontentos.

Somos una habitación de meras expectativas sin resolver, y aún cuando desentrañamos el acertijo de la vida, nos sentimos incompletos.

Nuestra biblioteca mental está en constante hambruna de nuevos retos, y es ahí donde radica mi condición de ser pensante.

“Cogito ergo sum”, aunque prefiero *“vivir para pensar”*.

8-Pertenencias. Ángel Saiz Orenga

Salgo: aprieto el paso hasta que el asfalto rompe en tierra pisada, dejando atrás el tráfago de tanta gente y el chirrido de goma de los automóviles. La blandura del sendero apaga los últimos ecos de ciudad. Ahora ya descansa el pie sobre verdura y el andar se vuelve despacioso, relajado, con vocación de descalzo. Ya no existe el ojo del que huye, los colores son prístinos de nuevo. Me dejo adentrar en una espesura y descargo en lo más fresco mis dos únicas pertenencias: un libro sobado, un cartel que instalo sobre la hojarasca: "biblioteca".

9-Casi todo está por escribir, aún queda mucho por contar. José Cumba Orenga

Acercándose por detrás, apoyó con dulzura sus dedos en mi hombro, ejerciendo una ligera presión acompañada con acompasadas y delicadas flexiones, hizo que me diera la vuelta, me habló en silencio, pero pude leer en sus labios--- Ya es la hora--- Cerré el libro, lo dejé, en el lugar donde habita, pasillo número tres, segundo estante, volumen 42. Hipatia, salió de la biblioteca, el sol, iba descendiendo y ocultándose en el horizonte hasta desaparecer. Sin su luz, casi todo esta por escribir, aún queda mucho por contar y mucho más por leer.

10-El amor de mi vida. Cristina Joana Ortiz García

La dejé ir, pues no encontró en mí la alegría. Corría por la senda dorada como una cierva herida. Su vestido le impedía ir más rápido y sus pies descalzos a cada salto sangraban más. Sin soltarlo y agarrándolo con fuerza volvió por el sendero que recorrió hace seis años. La oí gritar: «Ya vuelvo amiga, traigo lo que es tuyo. No quiero joyas ni palacios sólo quiero esconderme entre tus historias y caer dormida entre tus paredes. Ya llego querida, déjame descansar otra vez en tu sombra. Déjame volver a beber que llego sedienta, mi querida biblioteca».

11-Lo primero, mi Dios. Juana García Roig

Mi iPhone última generación, mi columna vertebral... Lo segundo trabajar, trabajar y todo rueda: trabajar, comprar, consumir... el engranaje sobre el que gira mi universo. Un «no puedo... no debo... no sé parar»... ¡No sé! ¡Crack!

Luces, sirenas, sabanas blancas, el cuerpo liviano —como inexistente—, la nebulosa abstracta del desapercibimiento... y un recuerdo sutil me embarga. La piel se me eriza. Cada célula de mi cuerpo despierta a la voz: «¡que viene el lobo feroz!». Pero no tengo miedo porque entre las paredes forradas de libros veo un letrero: «biblioteca infantil». Los tres cerditos se abrazan felices... Y deseo vivir.

12-El antiguo alimento de los héroes. Victor Bellot Abiertar

Entré en silencio, despacio, como un lobo al acecho, pero estaba vacía. El sol bañaba toda la estancia. Todas las ventanas estaban abiertas. Las cortinas ondeaban al aire y junto con los cristales rotos del suelo y el ir y venir de éstas creaban un efecto peculiar: como si un tesoro escondido brillara esperando a ser descubierto; recordando el esplendor de otra época.

Lo cierto es que buscaba comida, como todos ahora, pero... ya nadie recuerda que la supervivencia no solo depende de los alimentos y que precisamente por eso la buscábamos entonces entre los libros, aquí, en una biblioteca.

13-Volver. Laura Martínez Pantaleón

Me deslizaba suavemente sobre aquellas aguas cristalinas y mi cuerpo se mecía al vaivén de la barca. La oscuridad de la cueva le otorgaba un halo de misterio al río subterráneo más largo de Europa. La humedad era muy intensa. Unas veces, el silencio era interrumpido por el sonido de pequeñas gotas al caer. Otras, por las interesantes explicaciones del barquero. Las rocas devolvían sus palabras en forma de eco y éstas, igual que la humedad, se pegaban en mi piel.

Estiré el brazo y volví a dejar aquel libro, de portada rojiza, en la estantería de la biblioteca.

14-Confío en mí. Aroa Pitarch

Miro por la ventana, vuelve a hacerse de noche y cada vez quedamos menos en la biblioteca. Mis ojos se entrecierran, pero sigo mirando mis apuntes subrayados de colores diferentes mientras me autoconvenzo de que soy consciente de lo que estoy leyendo. Es en ese momento cuando empiezo a dudar de si elegí el camino correcto o si debería rendirme. Esta situación empieza a agotarme, esta monotonía de estudio constante parece interminable. Pero sé que puedo, mi tiempo invertido en estudiar no será en vano. Llega la hora, salgo de la biblioteca y desconecto, percibo estar cerca de mi meta.

15-Libros que cobran vida. José Ángel Planillo Portolés

Serían las 9:30 de la mañana cuando frente a la biblioteca aparecía un moribundo fraile benedictino sacado de una abadía del siglo XIII. Atraídos por el hedor a muerte, una horda de zombies giraba por la esquina dando alaridos, y para refrenar su avance, un pelotón de soldados surgidos como por ensalmo, improvisaron una barricada para disparar a discreción y abatir a los muertos vivientes.

-Pongamos fin al escándalo que hay abajo -dijo la bibliotecaria al indeciso lector que frente a ella dudaba entre tres tomos- ¿Qué libro te llevas? ¿La novela histórica, la de ciencia ficción o la bélica?

16-Rutinas. Carmen Darós Pallarés

Anuncia la hora en voz alta. Todos salen. Va colocando los libros en su lugar correspondiente. Una hoja cae del interior de uno de ellos. Es un simple interrogante.

El corazón se le dispara. Busca en el interior de otros libros que él también ha leído. En todos encuentra mensajes. Preguntas que nunca han tenido respuesta. Después de tantos años y ahora lo entiende, demasiado tarde. Las lágrimas mojan las notas. Se las guarda.

Cierra la biblioteca. Levanta la vista, un gesto minúsculo que marca la diferencia para cambiarlo todo.

Ahí está él, esperando. Sonríe y cruza la calle.

17-La elección. Nuria Fraie Castro

Una joven que quiere ser escritora.

Una mujer que está de vacaciones en su pueblo natal.

Un hombre que está recuperándose de una lesión.

Un adolescente que tiene que hacer un trabajo literario.

Una niña a la que le ha gustado la portada pero después no se ha leído el libro.

Una señora apasionada por la lectura.

Un jubilado que quiere pasar la tarde del domingo leyendo tranquilamente mientras escucha la lluvia caer sobre las plantas de su terraza.

Todos tienen algo en común: han elegido el mismo libro de la biblioteca.

18-Para quien lea esto. Stan Mallén Blanco

Entonces, después de horas y horas en esa poco concurrida biblioteca, encontré un libro, que captó toda mi atención. Tenía la cubierta roja y no tenía título, pero lo que me sorprendió fue la nota que había dentro... "Para quién lea esto, no me conoces, pero probablemente lo harás pronto, deja este libro donde estaba, ya estas advertido". Tonterías, pensé, leí el nombre del primer capítulo "2/12" la fecha de hoy, si esto era una broma, estaba muy bien elaborada, hasta que detrás de mí vi al probable autor de la nota con una sonrisa " ya leíste el aviso".